6. Propiósferas como mundos

Un tema, como otros, que el mundo no me ha pedido que discutiera pero que de todos modos discutiré porque yo también soy el mundo y el mundo quiere expresarse sin importarle lo que el mundo crea que es necesario, es el de la relación entre subjetividades. Pero como pretendo el mayor aislamiento del océano discursivo filosófico que contiene en sus inmensas profundidades elaboraciones conceptuales diferentes y a su modo verdaderas y falsas al mismo tiempo, traduciré a mis términos a la subjetividad como cosa, llamándola también en mi lenguaje específico «propiósfera».

Escapar de las restricciones idiomáticas forjando neologismos puede ser útil, sobre todo cuando se pretende borrar los límites entre el pensamiento estrictamente racional y la imaginación poética.

En tiempos en los que ser deshonesto no está mal y nuestra creatividad podría resumirse a enviar un par de instrucciones a una «inteligencia artificial» y «acomodar» un poco los resultados para que se vean analógicos (o mejor, dárselos a otra «inteligencia artificial» para que los «humanice»), ser honesto, exhaustivo y original constituye un pacto íntimo con uno mismo. Atravesamos una verdadera «singularidad moral negativa». ¿Hay algo malo en utilizar «inteligencia artificial» para elaborar pensamientos pretendidamente personales? Para algunos, ya no hay conflicto; para otros –para nosotros–, sí. Por eso, he aquí otra prueba de mi compromiso conmigo y con ustedes.

La «metaforización» del «yo» en una imagen tridimensional como una esfera también trafica en la comunicación la necesidad del encierro. Y a la vez propone otros problemas fundamentales acerca del «yo» como foco receptor desde un centro indefinido, tal vez inexplicable, de esa esfera; centro que debe ser entendido como proyector al mismo tiempo que receptor.

El modo en el que metaforizamos abstracciones nos posibilita manipularlas. El verbo «manipular» utilizado para referirnos a abstracciones resulta claramente equívoco, extraño. Por otra parte, se hace difícil para nuestras condiciones idiomáticas actuales hallar un sustituto. Tanto «manejarlas» como «trabajarlas», cuando se refieren a abstracciones, vuelven a dar la sensación («dar la sensación») de que no están a la altura. De pronto se revela ante nuestros ojos una verdad terrible, casi tanto como la certeza de que habrá un día en que la muerte nos alcance y de que ese día podría ser hoy. Y esa verdad terrible es que, para expresar ideas complejas debemos apelar constantemente a términos inexactos y ambiguos; o sea: expresiones no complejas. Si no me cree, fíjese usted en ese «no estar a la altura» o la revelación «ante nuestros ojos». Si nos detuviésemos constantemente sobre esas lasitudes, no podríamos hablar de nada más que del lenguaje mismo o de objetos presentes.

Ser y propiósfera. La metáfora de los mundos

El núcleo del «yo» como centro de una esfera (algo que podría visualizarse como una lámpara de plasma) es una idea apasionante e intrínsecamente extraña, puesto que proyecta una imagen de infinito que rápidamente difumina a la existencia personal, creando algo que podríamos llamar «un agujero negro en la imaginación». La creatividad popular, no en vano, ha acuñado el conocido refrán «cada cabeza es un mundo», que constituye una aproximación excelente a la idea central de esta lectura. La mentalidad, vista como un planeta («un mundo»), insinúa la idea de las condiciones de habitabilidad; una composición atmosférica, una topografía y una química peculiares.

Pienso que es inútil intentar un deslinde total entre el concepto de «ser» y el de «propiósfera», y que también a la lista de deslindes torpes podría añadir otros, tales como el de «mentalidad», «pensamiento», «espíritu» o «alma». Cada uno habrá de introducir una connotación diferente, pero todos harán referencia a esta misma realidad que intento señalar como la «peculiaridad» que llamamos «yo». En una lectura anterior he mencionado inclusive un término vecino: «teoría de fondo», que se ajusta especialmente a un diseño epistemológico basado en la atribución.

Todo esto está muy bien y es muy bello escoger palabras como si caminásemos por un bosque repleto de árboles y solamente tuviéramos que extender la mano indolentemente para obtener el fruto deseado.

De pronto, dos mundos colisionan. Dos personas entablan conocimiento y las dinámicas internas se entrecruzan, se equiparan, se comparan. En el diálogo, las propiósferas entran en comunión y ocurre una serie de rechazos y compatibilidades cruciales.

Es claro que los planetas no pueden investigarse entre sí. Hasta donde sabemos, solamente un planeta puede investigar a otros a través de sus habitantes. Sus habitantes que *son* el planeta mismo. Pero imaginemos por un momento que los planetas verdaderamente pudieran *dialogar* entre sí, comparándose.

Cada propiósfera posee una *imago mundi*, una imagen del mundo sostenida por intereses, por afectividad. No deseamos que nos haga ver otra propiósfera que nuestra *imago mundi* es defectuosa, porque eso implicaría que no hemos sido capaces de «dibujar» esa *imago mundi* correctamente en nosotros. Por ejemplo, imaginemos un diálogo inicial entre una persona muy comprometida con sus creencias religiosas y otra que no sólo no profesa esa religión sino que no profesa ninguna, y que además ni siquiera cree en Dios. En la contrastación ocurrirá que la «propiósfera creyente» entenderá que tácitamente la llaman «ignorante» y «supersticiosa». Mientras que la otra pensará, a través de este

«efecto espejo», que se la considera «pobre de espíritu» y «alejada de la Verdad». Esta contrastación puede ocurrir siempre que una de estas «montañas» del paisaje de una propiósfera se revele opuesta frente a otra «montaña» en otra.

Aún cabría la posibilidad de desarrollar vínculos entre cada accidente geográfico y significados metafóricos asociados. Lo he hecho con la montaña, puesto que el elemento «montaña» es naturalmente percibido como algo imponente, gigantesco, evidente. Pero las características a trasladar del ámbito metafórico a los contenidos de propiósfera están firmemente conectados a sólo algunas propiedades específicas que resultan significativas para el observador: tamaño (grandeza y pequeñez), prominencia u hondura, estabilidad física y temporal, liquidez, aridez, volatilidad y habitabilidad.

Con respecto a la habitabilidad o inhabitabilidad, se podría admitir sin dificultades que esa propiedad es útil para la caracterización de toda la propiósfera si conceptualizamos a la propiósfera misma como «ambiente».

Así, veremos revelarse ante nosotros montañas de certeza, valles de dudas, cuevas de secretos, ríos de deseos, cañadas de impulsos que están destinadas a secarse, desiertos de desencanto carentes de toda posibilidad de vida, océanos de ignorancia… Selvas de exuberancia apabullante, islas remotísimas, que casi nadie es capaz de explorar sin sucumbir en el intento… Tal vez habitadas por aborígenes hostiles.

Es claro que, como ocurre con el río y su fluir, la inclusión de temporalidad permite pasar de la simple disposición a la dinámica; esto es, de la estructura al sistema. Entonces podremos ver también tormentas de pasión y terremotos de pánico.

Propiósfera y dominio

Y llegó la hora del examen. ¡Qué nervios! La propiósfera A y la propiósfera B entran al salón de la contrastación. Ya he explicado que las relaciones entre personas (y también entre entidades no necesariamente personales) son radicalmente asimétricas en cuanto a la distribución del poder. Y como las personas son propiósferas, podemos ver a la relación entre ellas como una representación abstracta de la relación entre personas.

Ciertamente a la entrada misma en examen de contrastación, sin intercambio alguno, ya tendremos a una propiósfera invitante y a una invitada. Quien invita, la invitante, estará fatalmente situada en una posición de inferioridad inicial. La invitada, sin embargo, contará con la superioridad de poder elegir sobre algo seguro: la voluntad manifiesta de la invitante.

Entonces, supongamos que la propiósfera A entra al examen de contrastación como candidata a dominada por ser invitante; y la propiósfera B entra como candidata a dominante, por invitada. Cuando las topografías comiencen a contrastarse y las *imago mundi* se cotejen, una de las propiósferas tenderá a ceder, y la otra, a imponerse.

El proceso no parece sencillo: primero, la propiósfera A revela el aspecto de su *imago mundi* (aunque puede hacerlo la B inicialmente); entonces, en la *imago mundi* de la propiósfera B aparece un valor imagen que corresponde a la propiósfera A y su *imago mundi*. Si no hay acuerdo entre lo que B ha entendido que hay dibujado en la *imago mundi* de la propiósfera A y su *imago mundi*, la propiósfera B puede ir al conflicto (una actitud decididamente reservada a los dominantes) o puede someterse. Inclusive podrá debatir por inseguridad, para marcar presencia y demostrar que posee carácter.

La propiósfera A, tal vez invitante, recibirá el golpe y posiblemente decida no responder, puesto que ha invitado y lo ha hecho por algún motivo. Así, deberá someterse para continuar en el juego, pero estrictamente perdió antes de empezar.

Otra idea sugerida desde esta lógica es la de que quien habla mucho se expone mucho al análisis de los demás. Por eso el silencio puede ser una estrategia saludable. Y más cuando no estamos del todo seguros de la voluntad que pondrán quienes nos escuchen en comprender lo que decimos.

Por otra parte, es evidente que el silencio deja espacio para las idealizaciones. Pero en mi opinión no deja de ser una cobardía y una bajeza jugar con el silencio. Quien está seguro de sí no tiene temor al disenso y al conflicto, así deba acabar sus días solo.

Filiaciones, afinidades; no sos vos, sos yo

El «efecto espejo» puede ser una manera de alimentar nuestra autovaloración. Si la imagen del mundo que nos devuelve otro es concordante con nuestro dibujo, veremos que nuestro dibujo no estaba equivocado. Y no es precisamente la diferencia la que nos resulta satisfactoria, aunque haya quienes afirmen lo contrario. La blanda filosofía del elogio al desacuerdo no es otra cosa que una variante de un modo de estar en el mundo impregnado de hipocresía y de diplomática frivolidad.

Nos gusta que nos confirmen nuestra *imago mundi* porque en paralelo nos confirman la capacidad de dibujar en nuestra propiósfera. Las cuentas cierran, dan lo mismo. Surge naturalmente una alegría, un inexplicable bienestar del ser, una felicidad primitiva e inocente como la de los escolares que después de resolver un problema matemático exclaman: ¡a mí me dio igual!

De esa forma, con quien realmente hablamos en la coincidencia es con nosotros mismos. Deberíamos imaginar dos dibujos complejos impresos sobre un papel fino, de calco, y que en un espacio abstracto, digamos en una mesa imaginaria, vienen a superponerse. Las posibilidades de que haya una superposición total son casi inexistentes. A mayor complejidad en cada dibujo, menor es la probabilidad de que coincidan. Pero pronto descubrimos que hay partes, sectores de coincidencias. Luego, podremos aprovechar los sobrantes para afirmar nuestra individualidad, pero lo cierto es que en lo esencial, nos gusta mucho hablar con nosotros mismos a través de los otros.

Ya sería saludable ir esbozando las topografías generales. He hablado de las montañas y son precisamente las montañas y los valles profundos los que mejor grafican a través de una imagen las convicciones innegociables. Y esas convicciones no están divorciadas de ciertas debilidades que habitan a cada propiósfera como fuerza motora esencial. El miedo a la soledad, a la muerte, la necesidad de afecto, de compañía, de intercambio sexual, de sustentabilidad económica; todo esto no es sino nuestra vulnerabilidad ontológica expresándose. Como los seres humanos no poseemos un caparazón como otras especies, estamos expuestos a los ataques del medio. Y esa fragilidad física es también nuestra fragilidad mental.

¡Y qué hermoso es poder someter a alguien con el arma del acuerdo! ¡Qué genuino, qué palpable se hace el poder que emerge de una acción paradójicamente a un tiempo colectiva y unitaria! Un gigante nos engulle y luego nos metamorfoseamos en uno de sus poderosos brazos ejecutores.

El problema del barril ciego

Sin dudas que explicar como una característica importante de la propiósfera el poseer una topología en su *imago mundi* parece tentador y hasta poético, y podría proporcionar una herramienta muy interesante a la hora de comprender a la compatibilidad o al rechazo entre propiósferas. Por supuesto que de manera intuitiva ya conocemos los fenómenos asociados. Nadie tiene que elaborar un discurso teórico para poner frente a nuestros ojos el hecho de que ciertas posturas políticas o religiosas (e inclusive otras bastante menos elegantes, como las deportivas) son irreconciliables. Pero resulta interesante ahondar en las posibilidades de tal *metaforización*; ciertamente hay gente tan celosa de su *imago mundi* que no dejará de ejercer el dominio a través de una negativa sostenida a la reformulación (al cambio de dibujo). Estas personas que en el examen de contrastación no dejan espacio para la validación de la

opinión ajena no son otra cosa que pequeños tiranos, que obligan a la aceptación, al conflicto o a la huida a su interlocutor.

Deberíamos siempre desconfiar también –lo que añade una capa más de complejidad al asunto– de quienes acepten con facilidad reformulaciones de su *imago*. O carecen de personalidad (cosa que es sin duda uno de los peores defectos de los que es capaz un ser humano) o no les importa aceptar porque no les importa la cuestión, o nos están adulando. Entonces: o son insignificantes, o cínicos, o mentirosos.

Pero dejando a un lado todas estas cosas bonitas, quisiera referirme aquí brevemente a otra que he llamado «el problema del barril ciego», buscando otra vez en la metáfora una manera de dar forma al pensamiento. En esta ocasión, señalando un poco más en profundidad a la matriz «ambiente de existencia».

Imaginemos que tengo un pez en una pecera. Camino con la pecera bajo el brazo y de pronto me veo frente a una persona parada junto a un barril. El barril es de madera y está completamente sellado, de modo tal que no puedo saber qué hay en él, si es que hay «algo». A los efectos de nuestra analogía, imaginemos que le llamamos «algo» inclusive al vacío. Entonces, este barril tiene una pequeña abertura en la parte superior; un agujerito de no más de tres o cuatro centímetros, que es el espacio suficiente como para que mi pez entre, pero no puede verse por ahí el contenido del barril. Aunque lo intente en repetidas ocasiones, no puedo saber qué hay adentro. Es un «barril ciego». Yo no sólo estimo a mi pececito y lo quiero proteger, sino que realmente me preocupa lo que le ocurra. A continuación soy invitado por el dueño del barril a que introduzca mi pez en el barril. Temo porque creo que ahí adentro puede haber cualquier cosa; tierra, agua hirviendo, agua salada, leche, vino, vinagre, inclusive el barril podría estar vacío... Son tantas las posibilidades de contenido y tantas matarían a mi pez, que no sé si sería buena idea arriesgarme a introducirlo.

Es entonces el barril el ambiente en el que nos decidimos a colocar una idea cuando la compartimos con otra persona. Esa idea puede ser atacada inmediatamente o puede no hallar el lugar adecuado para sobrevivir. Por supuesto que, con bastante suerte, es posible que haya adentro del barril agua y que tenga la salinidad y la temperatura correctas.

Así es como funcionan las propiósferas. Hay que entender que cuando dos propiósferas entran en contrastación se activa una serie de defensas. Cuando alguien las levanta para dejar existir a un pensamiento nuevo en ella, el acto en sí constituye una primera muestra de buena voluntad. De ahí que una comunicación en la que se le dé todas las ventajas a quien pueda atacar las ideas (por ejemplo

desde el anonimato, como ocurre en Internet) sin sufrir consecuencias, sea un riesgo para quien decide exponerse. Pero, con una fatalidad matemática contundente, se enseña al poseedor del pececito una verdad total: debemos perder interés en el bienestar del pobre animal, que no es otra cosa que un rehén. A veces sobrevivirá, pero muchas otras morirá. Y cuando muera, nos tocará aceptar esa muerte, dar la espalda al dueño del barril y continuar nuestro caminando.

Paranoia del defecto en propiósfera

Es natural que nos asalte una duda gravísima: ¿estoy hablando por un dibujo fallido? Es decir, si no tengo una manera fiable de contrastar mi *imago mundi* porque puedo hacerlo únicamente con otras propiósferas y con imágenes rudimentarias, parciales: ¿no estaré equivocándome cuando lanzo mis pececitos al viento? Es una duda legítima. Tal vez haya defectos en mi propiósfera y cuando intento la contrastación inevitablemente esos defectos hacen que, desde mi punto de vista, se distorsione mi creación de más *imago mundi*.

Esta sencilla aunque profunda desconfianza que genera incomodidad es también el origen de la obsesión por la documentación académica. Es decir, del proceso estandarizado en el que constantemente debe hacerse referencia a autores previos que han glosado a su modo y en contextos diferentes ideas que el autor entiende que pudieran significar antecedentes de las propias. Y también autores que han sido reconocidos, y por lo tanto, respetados, que servirán de garantes al autor particular. De esa forma, este se asegura de que, por un lado, nadie lo tache de ignorante al repetir ideas previamente formuladas; y por otro, que nadie se atreva a juzgarlo en un error. Claro que, visto como un fenómeno de dinámica de propiósferas, lo que hace el autor que cita a otros es dibujar información necesaria en la propiósfera de sus lectores para de esa manera proteger su discurso. Y también, claro está, revestir su propia imagen con una capa de inmunidad que proviene del poder de los datos innegables. Datos que no siempre son pertinentes.

Una persona inteligente no es aquella que es capaz de manejar muchos datos y elaborar conclusiones a través de esos datos. Una persona inteligente es aquella que logra reducir la realidad a fórmulas racionales aunque desconozca muchos de los datos disponibles. La belleza de la razón no depende del acopio de datos de sustento sino de la capacidad predictiva y la elegancia de la construcción.

La ideología como estructura recurrente

Para entrar en sintonía con otras propiósferas, las entidades débiles se aferran a un cliché. La ideología definida como un condicionamiento de discursos por premisas repetidas hace de la comunicación algo más sencillo.

En efecto, se trata de reconocer inmediatamente una topología singular y poder «internavegarse» sin tropiezos. Las personas intelectualmente más débiles son las más proclives a esta clase de aberraciones.

Pero la ideología no es sino un sistema recurrente que a la inteligencia despierta no le llevará más de un minuto formalizar. La contrastación determinada por factores sociales es la ideología y muestra lo más ruin de la naturaleza humana cuando combina no ya solamente una negativa a razonar de manera autónoma sino un ejercicio del poder, un dominio basado en el número y la ceguera.

Desde mi punto de vista son exactamente lo mismo un liberal recalcitrante, un marxista acérrimo, una feminista radical, un católico ortodoxo, un fundamentalista islámico, un fanático de un equipo deportivo y en definitiva, toda persona que elija no pensar en aras de sentirse protegido por el poder de una masa que se parapeta detrás del fetiche de una idea. No merecen perdón ni comprensión. No merecen nada.